SOCIEDAD DE AUTORES Y AUTORES

LEER CON INSOLENCIA

Igualadas e igualados a grandes artistas

Ladrones honrados

- Soluciones
- Técnicas
- Recursos estructurales

ANTIBESTSELLER

Autobiografía

Huella en los seres queridos

Cada una es dueña de letras únicas

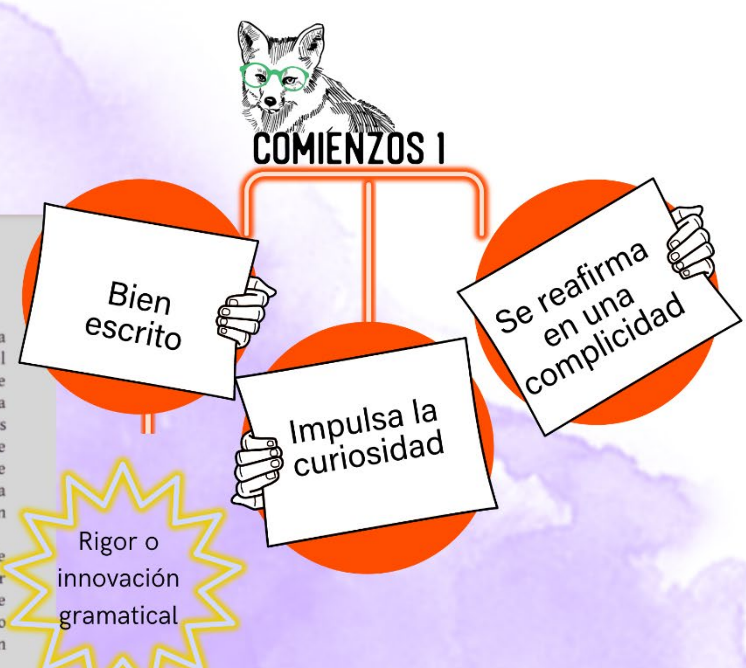
DE LA CATARSIS

A la voz propia

Llegando a compartir un estremecimiento

Un poema que nos hace en toda la vida





1

Yo entonces tenía treinta y siete años y me encontraba a bordo de un Boeing 747. El gigantesco avión había iniciado el descenso atravesando unos espesos nubarrones y ahora se disponía a aterrizar en el aeropuerto de Hamburgo. La fría lluvia de noviembre teñía la tierra de gris y hacía que los mecánicos cubiertos con recios impermeables, las banderas que se erguían sobre los bajos edificios del aeropuerto, las vallas que anunciaban los BMW, todo, se asemejara al fondo de una melancólica pintura de la escuela flamenca. «¡Vaya! ¡Otra vez en Alemania!», pensé.

Tras completarse el aterrizaje, se apagaron las señales de «Prohibido fumar» y por los altavoces del techo empezó a sonar una música ambiental. Era una interpretación ramplona de *Norwegian Wood* de los Beatles. La melodía me conmovió, como siempre. No. En realidad, me turbó; me produjo una emoción mucho más violenta que de costumbre.

Para que no me estallara la cabeza, me encorvé, me cubrí la cara con las manos y permanecí inmóvil. Al poco se acercó a mí una azafata alemana y me preguntó si me encontraba mal. Le respondí que no, que se trataba de un ligero mareo.

–¿Seguro que está usted bien?

–Sí, gracias –dije.

La azafata me sonrió y se fue. La música cambió a una melodía de Billy Joel. Alcé la cabeza, contemplé las nubes oscuras que cubrían el Mar del Norte, pensé en la infinidad de cosas que había perdido en el curso de mi vida. Pensé en el tiempo perdido, en las personas que habían muerto, en las que me habían abandonado, en los sentimientos que jamás volverían.

Seguí pensando en aquel prado hasta que el avión se detuvo y los pasajeros se desabrocharon los cinturones y empezaron a sacar sus bolsas y chaquetas de los portaequipajes. Olí la hierba, sentí el viento en la piel, oí el canto de los pájaros. Corría el otoño de 1969, y yo estaba a punto de cumplir veinte años.

Volvió a acercarse la misma azafata de antes, que se sentó a mi lado y me preguntó si me encontraba mejor.

–Estoy bien, gracias. De pronto me he sentido triste. Es sólo eso –dije, y sonreí.

–También a mí me sucede a veces. Le comprendo muy bien –contestó ella. Irguió la cabeza, se levantó del asiento y me regaló una sonrisa resplandeciente–. Le deseo un buen viaje. *Auf Wiedersehen*!

–*Auf Wiedersehen*! –repetí.

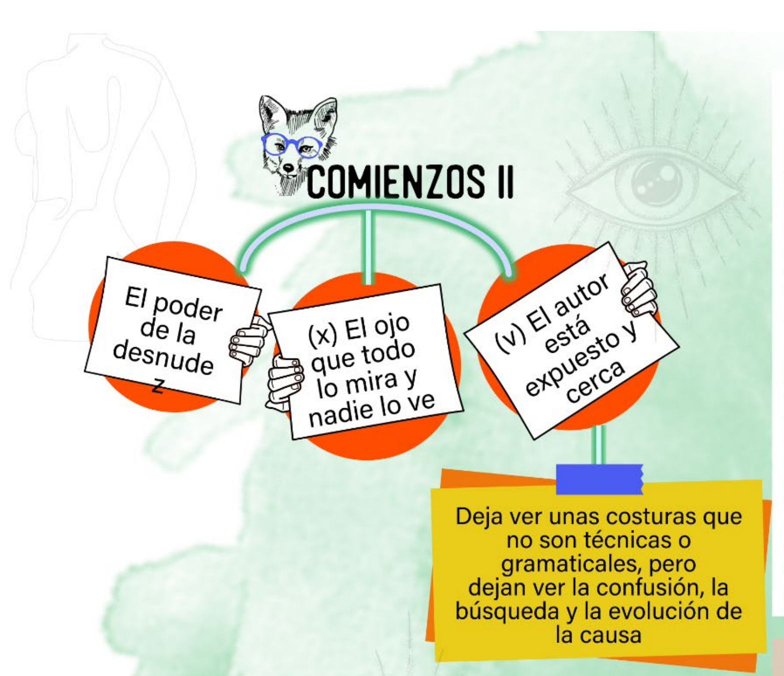
Y era así: en casa del brasilero las guacamayas reían todo el tiempo; yo las oía, desde el muro del huerto de mi casa, subido en la escalera, recogiendo mis naranjas, arrojándolas al gran cesto de palma; de vez en cuando sentía a las espaldas que los tres gatos me observaban trepados cada uno en los almendros, ¿qué me decían?, nada, sin entenderlos. Más atrás mi mujer daba de comer a los peces en el estanque: así envejecíamos, ella y yo, los peces y los gatos, pero mi mujer y los peces, ¿qué me decían? Nada, sin entenderlos.

El sol empezaba.

La mujer del brasilero, la esbelta Geraldina, buscaba el calor en su terraza, completamente desnuda, tumbada bocabajo en la roja colcha floreada. A su lado, a la sombra refrescante de una ceiba, las manos enormes del brasilero merodeaban sabias por su guitarra, y su voz se elevaba, plácida y persistente, entre la risa dulce de las guacamayas; así avanzaban las horas en su terraza, de sol y de música.

En la cocina, la bella cocinerita —la llamaban «la Gracielita»— lavaba los platos, trepada en un butaco amarillo. Yo lograba verla a través de la ventana sin vidrio de la cocina, que daba al jardín. Mecía sin saberlo su trasero, al tiempo que fregaba: detrás de la escueta falda blanquísima se zarandeaba





La primera vez que Jean-Claude Pelletier leyó a Benno von Archimboldi fue en la Navidad de 1980, en París, en donde cursaba estudios universitarios de literatura alemana, a la edad de diecinueve años. El libro en cuestión era *D'Arsonval.* El joven Pelletier ignoraba entonces que esa novela era parte de una trilogía (compuesta por *El jardín,* de tema inglés, *La máscara de cuero,* de tema polaco, así como *D'Arsonval* era, evidentemente, de tema francés), pero esa ignorancia o ese vacío o esa dejadez bibliográfica, que sólo podía ser achacada a su extrema juventud, no restó un ápice del deslumbramiento y de la admiración que le produjo la novela.

A partir de ese día (o de las altas horas nocturnas en que dio por finalizada aquella lectura inaugural) se convirtió en un archimboldiano entusiasta y dio comienzo su peregrinaje en busca de más obras de dicho autor. No fue tarea fácil. Conseguir, aunque fuera en París, libros de Benno von Archimboldi en los años ochenta del siglo xx no era en modo alguno una labor que no entrañara múltiples dificultades. En la biblioteca del departamento de literatura alemana de su universidad no se hallaba casi ninguna referencia sobre Archimboldi. Sus profesores no habían oído hablar de él. Uno de ellos le dijo que su nombre le sonaba de algo. Con furor (con espanto) Pelletier descubrió al cabo de diez minutos que lo que le sonaba a su profesor era el pintor italiano, hacia el cual, por otra parte, su ignorancia también se extendía de forma olímpica.

Lucía Donadío - Adiós al mar del destierro

Vengo solo, sin padres ni hermanos. No hay tíos, ni primos, ni abuelos, ni amigos, ni nadie esperándome. En un cuaderno que mi padre me regaló para que escribiera un diario de viaje, traigo las cartas para varios amigos de su juventud que viven aquí. En las primeras páginas del cuaderno escribió para mí retazos de su vida, me cuenta lo que no me habría dicho jamás si me hubiera quedado a su lado. La distancia nos acercó desde antes de mi partida. Leo los nombres y las direcciones. Levanto el rostro y contemplo el horizonte. El mar que nos rodeó durante veinte días va quedando atrás.

Lina María Pérez Gaviria

La imagen de mamá soplando sus uñas recién pintadas de rojo sangre me reveló el mundo áspero y exiguo que me ahogaba. Con sus manos abiertas como patas de gallina me miró de pies a cabeza y señaló el diploma:

–Te vas a morir de hambre.

Venía de la ceremonia de grado con el pergamino asomado en mi mochila y su carga de entusiasmos e incertidumbres. También pesaban las pretensiones, la indigestión de tanta técnica y teoría, escuelas y métodos y discursos académicos.

Devoré a mamá con los ojos, rastrillé un fósforo y prendí fuego al rollo. En lluvia de cenizas quedaron las palabras con letras góticas, la firma del rector y el sello de la universidad.

–No soporto tu descaro, Antonia. Eres la persona más rara del mundo.

A mi papá, en cambio, le pareció un mérito que yo hubiera dedicado cuatro años a "aprender a pintar", y me regaló una colección soberbia de historia del arte. Tenían que haberme educado para soportar a mamá, pero ellos no sabían de eso, y prefirieron invertir en mi carrera. Algunas partículas atrevidas del cadáver de mi diploma volaron





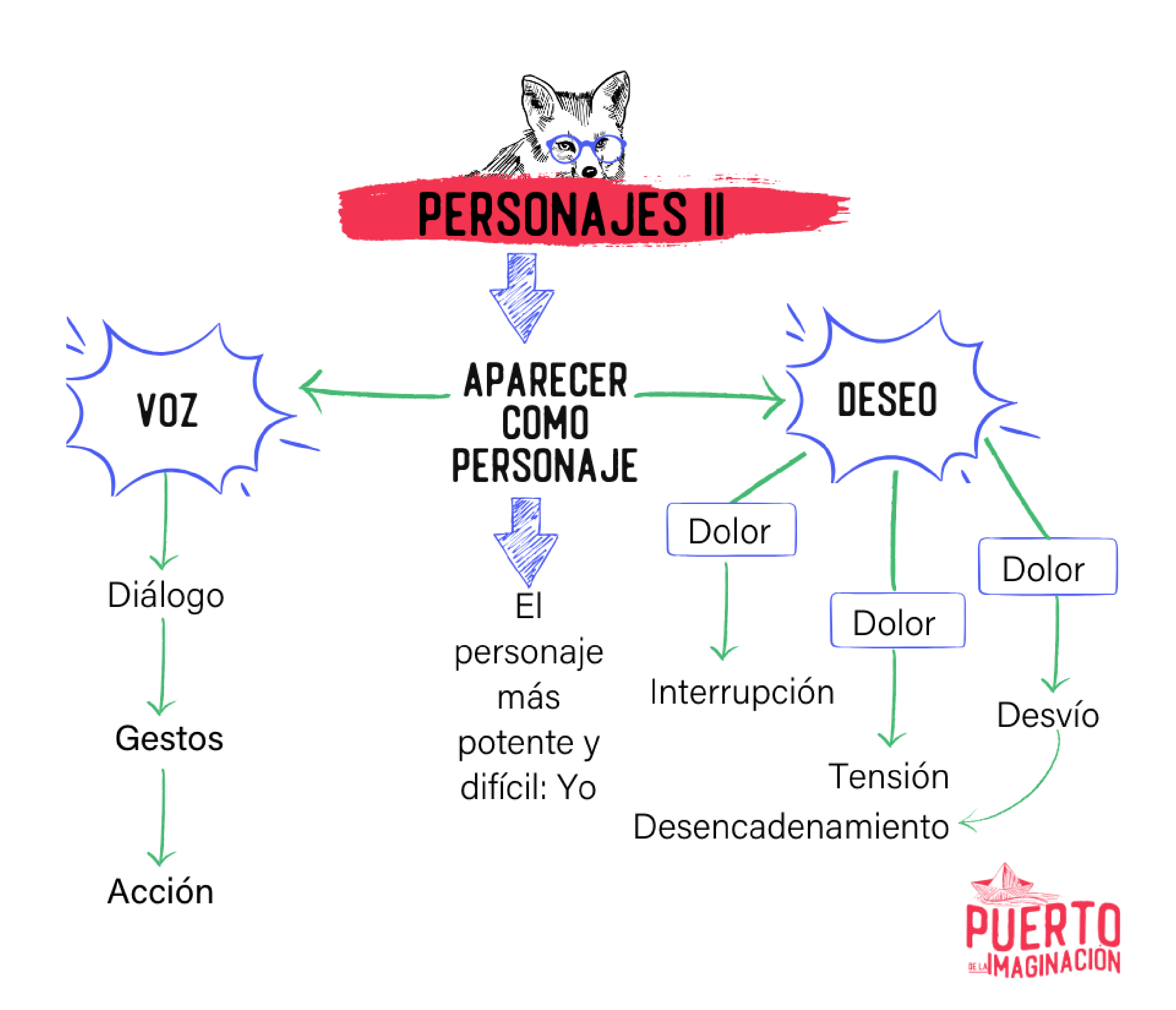
LO MÁS CORTO POSIBLE

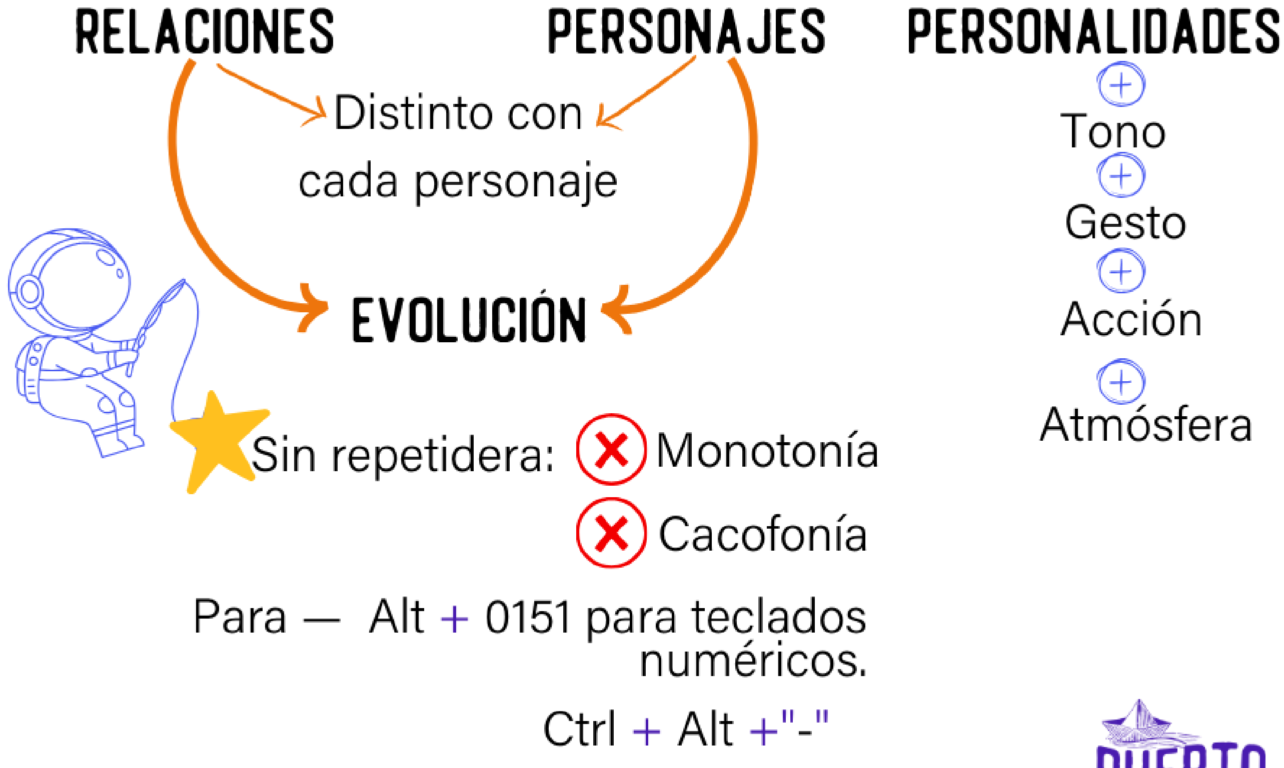
1. Releer y reescribir
2. No sacrificar nada
3. No encariñarse (no aferrarse a una excentricidad)





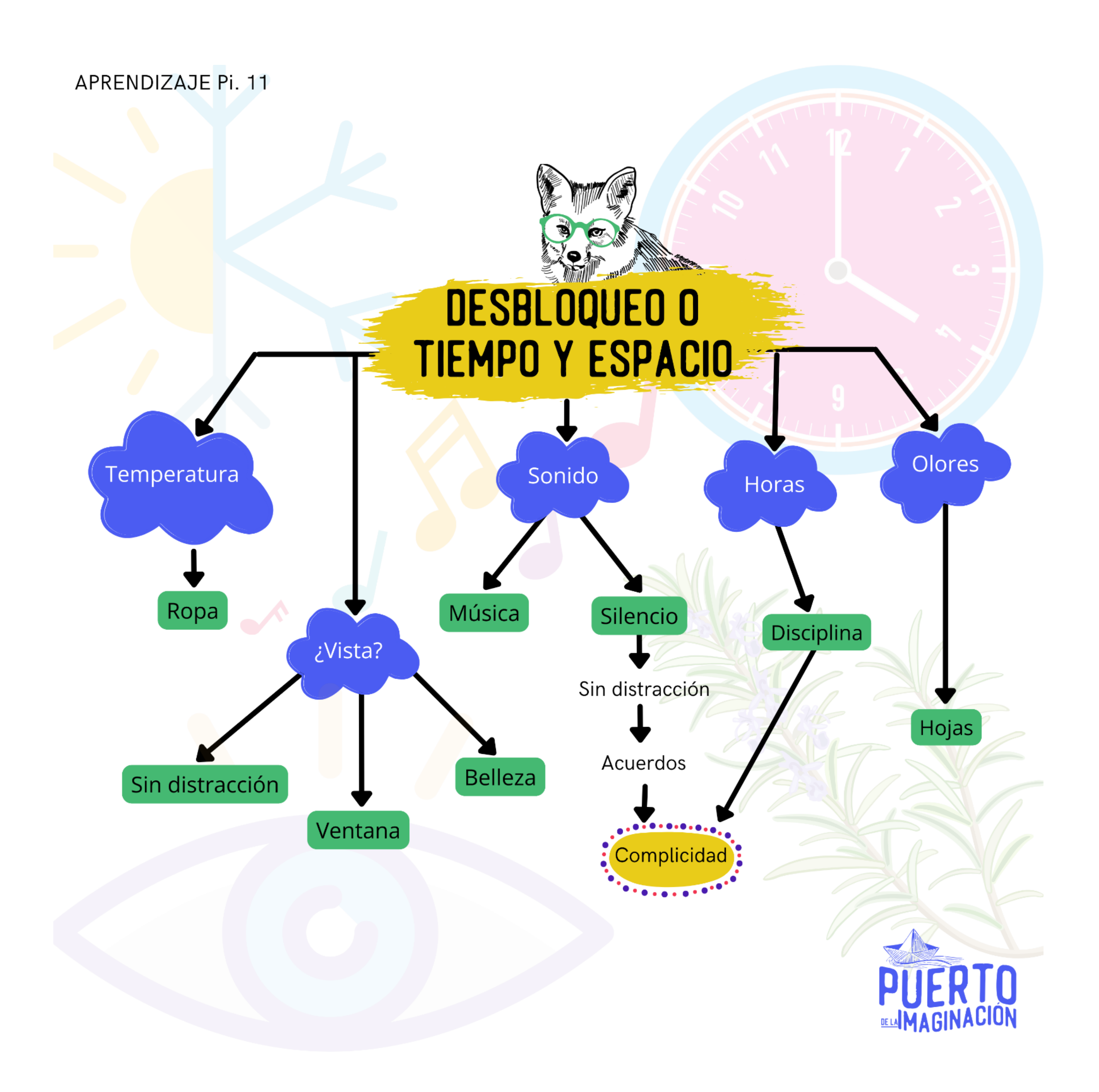
PERSONAJES
REVIVIR
ó
CONFECCIONAR
ó
DESNUDARSE
Verosímil
Amadas y amados
Unir personas hasta que no haya costuras
Franqueza
Perdedores
Antagonistas
Villanos
Odiados
Sus motivaciones
Grises
El enredo de la maldad
PUERTO DE LA IMAGINACIÓN

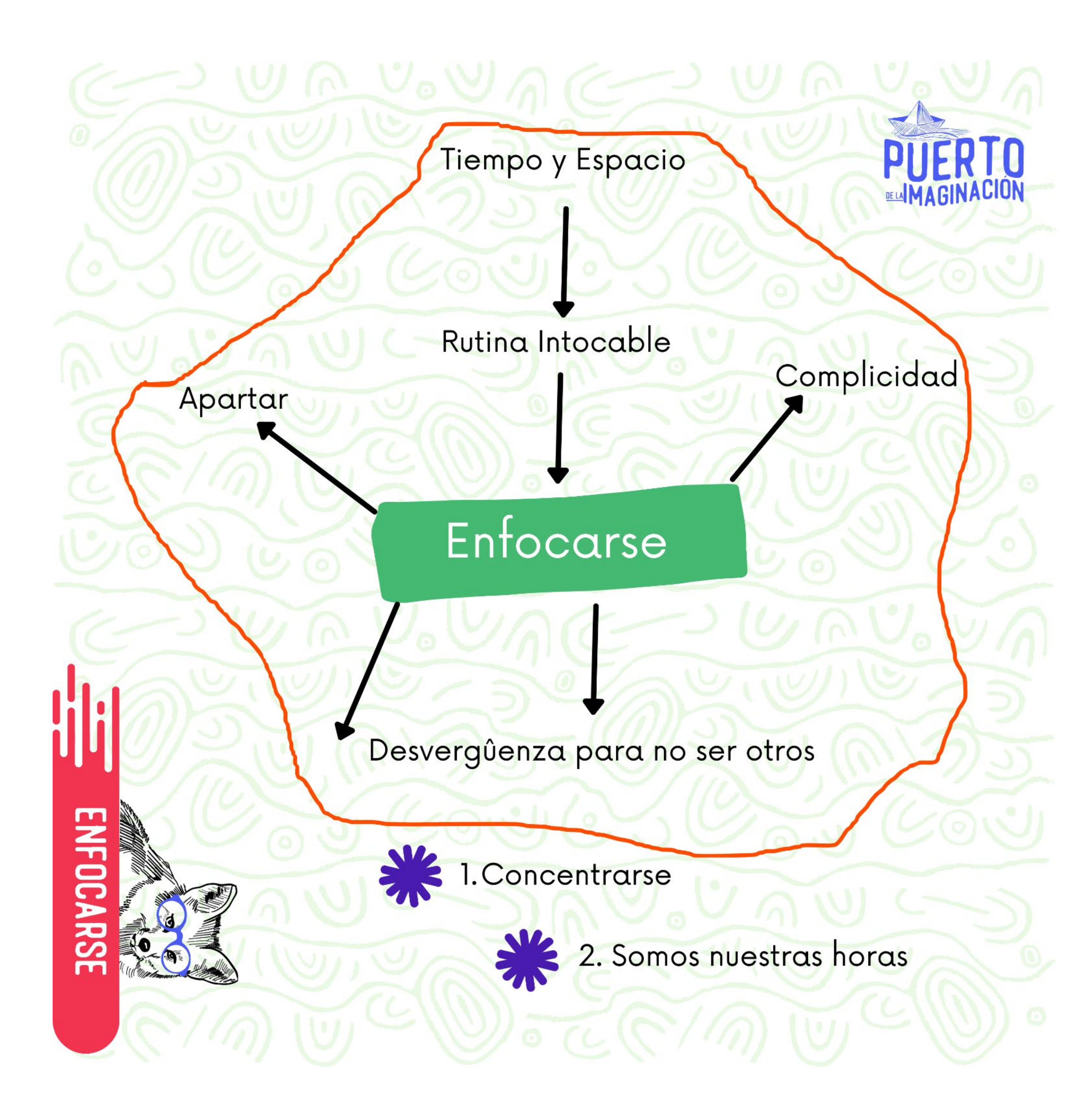

PERSONAJES II
APARECER COMO PERSONAJE
VOZ
Diálogo
Gestos
Acción
El personaje más potente y difícil: Yo
DESEO
Dolor
Interrupción
Dolor
Tensión
Dolor
Desvío
Desencadenamiento
PUERTO DE LA IMAGINACIÓN


DIÁLOGOS
RELACIONES
PERSONAJES
PERSONALIDADES
Distinto con cada personaje
EVOLUCIÓN
+ Tono
+ Gesto
+ Acción
+ Atmósfera
Sin repetidera:
Monotonía
Cacofonía
Para — Alt + 0151 para teclados numéricos.
Ctrl + Alt +"-"


PUERTO
DE LA IMAGINACIÓN

APRENDIZAJE Pi. 11




PUERTO DE LA IMAGINACIÓN
Tiempo y Espacio
Rutina Intocable
Apartar
Complicidad
Enfocarse
Desvergûenza para no ser otros
1.Concentrarse
2. Somos nuestras horas
ENFOCARSE



FINALES 1

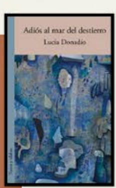
 La prueba ácida de la novela y el cuento es el final

 Se recomiendan finales donde el lector o lectora esté libre.

 El lector o la lectora tiene la última palabra. El punto final.

…que llevo dentro. Hoy me pierdo en ellas para encontrarme. Avanzo y retrocedo por sus meandros. Sé que el laberinto es la única patria.

Ya no quiero ni puedo controlar nada. La vida lleva la batuta. Con mi abrazo les regalo a los hijos el derecho de amar y desear. Sé que este es mi último viaje. Siento la debilidad que traen los años. Convoco todos mis sentidos para vestirme, para comer, para dormir. No puedo ir deprisa. Cuando me baño cuento del uno al cinco, los años de vida que espero me queden todavía. Juego a contar con rapidez. Pienso que si me detengo en algún número, a esa edad se detendrá mi vida. Cuento sin parar, en español, en italiano y en dialecto, hasta llegar a cinco. Juego con las palabras también. Juego *Pizzi-pizzi* todavía. Quiero celebrar el centenario en América.



Adiós al mar del destierro, Lucía Donadío

Miro siempre hacia arriba. Intento levantar mis brazos amarrados a la cama para abrazar a Marco. Es lo último que recuerdo.

Tuve la muerte del justo, dicen mis amigos. Sin sufrimientos largos ni agobios terribles. Les había pedido a los hijos que mi funeral fuera como una fiesta. Me pusieron el vestido azul con el corbatín rojo y blanco, y la gorra gris y los zapatos negros. Me velan en mi casa durante tres días. Entre flores, música, poesía y amigos cercanos que nos acompañaron. Me habría gustado verme en el ataúd. Estoy sereno, casi contento.

Reparten mis cenizas como un tesoro. Honrando mi vocación de viajero me llevan primero al mar Atlántico. Viajo a mi pueblo y reposo en esa tumba familiar tantas veces visitada. Y me llevan al amado Mediterráneo. ¡Y al mar Adriático, y al monte Pollino, y a las ruinas del castillo! Descanso en los árboles de las casas de mis hijos: en un pino, en un roble y en un romerón. Y en el árbol de limón que sembramos frente a la puerta de mi casa hace años. Hacen un pequeño muro de piedras, como esos muros que tanto me gustan, y depositan allí un puñado de mis cenizas. Siembran orquídeas y bromelias alrededor. El árbol está lleno de flores y limones. Frente al árbol empiezo a leer estas páginas. Descubro en ellas otras historias, otras voces que me cuentan el revés de los días. Veo cruzar la estela de mi vida. Y digo adiós al mar del destierro.

La Seda, Alessandro Baricco

Hervé Joncour vivió todavía veintitrés años más, la mayor parte de ellos con serenidad y buena salud. No volvió a alejarse de Lavilledieu ni abandonó jamás su casa. Administraba sabiamente sus haberes, y ello le mantuvo para siempre al abrigo de cualquier ocupación que no fuera el cuidado de su parque. Con el tiempo, empezó a concederse un placer que antes se había negado siempre: a quienes venían a visitarle les relataba sus viajes. Escuchándole, la gente de Lavilledieu aprendía el mundo y los niños descubrían lo que era la maravilla. Él narraba despacio, mirando en el aire cosas que los demás no veían.

El domingo se dejaba caer por el pueblo, para la misa mayor. Una vez al año recorría las hilanderías, para tocar la seda que acababa de nacer. Cuando la soledad le oprimía el corazón, subía hasta el cementerio para hablar con Hélène. El resto de su tiempo lo consumía en una liturgia de costumbres que conseguía preservarle de la infelicidad. De vez en cuando, en los días de viento, bajaba hasta el lago, y pasaba horas mirándolo, puesto que, dibujado en el agua, le parecía ver el inexplicable espectáculo, leve, que había sido su vida.



